

CAPITULO VI

De las crueldades del ama y travesuras que yo hice

HAZ como vieres, dice el refrán, y dice bien; de puro considerar en él vine á resolverme de ser bellaco con los bellacos, y más si pudiese que todos. No sé si salí con ello; pero aseguro á vuesa merced hice todas las diligencias posibles. Lo primero, yo puse pena de la vida á todos los cochinos que se entrasen en casa y á los pollos del ama que del corral pasasen á mi aposento. Sucedió que un día entraron dos puercos del mejor garbo que ví en mi vida; yo estaba jugando con los otros criados y oílos gruñir, y dije á uno:

—Vaya y vea quién gruñe en nuestra casa.

Fué, y dijo que dos marranos. Yo, que lo oí, me enojé tanto, que salí allá, diciendo que era gran bellaquería y atrevimiento venir á gruñir á casas ajenas; y diciendo esto, envaséle á cada uno (á puerta cerrada) la espada por los pechos, y luego los acogotamos; y porque no se oyese el ruido que hacían todos á la par, dábamos grandísimos gritos, como que cantábamos, y así espiraron en nuestras manos. Sacamos los vientres, recogimos la sangre, y á puros jergones los medio chamuscamos en el corral; de suerte, que cuan-

do vinieron los amos ya estaba hecho, aunque mal, sino era los vientres, que no estaban acabadas de hacer las morcillas, y no por falta de priesa, que en verdad por no detenernos les habíamos dejado la mitad de lo que ellas se tenían dentro. Supo, pues, don Diego y el mayordomo el caso, y enojáronse conmigo de manera que obligaron á los huéspedes (que de risa no se podían valer) á volver por mí. Preguntábame don Diego qué había de decir si me acusaban y me prendía la justicia; á lo cual respondí yo: que me llamaría hambre, que es el sagrado de los estudiantes; y si no me valiese, diría: como se entraron sin llamar á la puerta como en su casa, entendí que eran nuestros. Riéronse todos de las disculpas. Dijo don Diego:

—Á fe, Pablos, que os hacéis á las armas.

Era de notar ver á mi amo tan quieto y religioso y á mi tan travieso, que el uno exageraba al otro ó la virtud ó el vicio.

No cabía el alma de contento porque éramos los dos al mohino; habíamos conjurado contra la despensa. Yo era el despensero Judas, que desde entonces heredé no sé qué amor á la sisa en este oficio. La carne no guardaba en manos del ama la orden retórica, porque siempre iba de más á menos; y la vez que podía echar cabra ú oveja, no echaba carnero, y si había huesos, no entraba cosa magra; y así hacía unas ollas tísicas de puro flacas, unos caldos que á estar cuajados se podían hacer sartas de cristal de las Pascuas. Por diferenciar, para que estuviese gorda la olla, solía echar unos cabos de velas de sebo. Ella decía (cuando yo estaba delante) á mi amo:

—Por cierto que no hay servicio como el de Pablicos, si él no fuese travieso; consérvele vuesa merced, que bien se le puede sufrir el ser travieso, por la fidelidad; lo mejor de la plaza trae.

Yo por el consiguiente decía de ella lo mismo, y así teníamos engañada la casa. Si se compraba aceite de por junto, carbón ó tocino, escondíamos la mitad; y cuando nos parecía, decíamos el ama y yo:

—Modérense vuestas mercedes en el gasto, que en verdad si se dan tanta priesa, no baste la hacienda del rey. Ya se ha acabado el aceite ó el carbón, pues tal priesa se ha dado; mande vuesa merced comprar más; á fe que se ha de lucir de otra manera; dénde dineros á Pablicos.

Dábanmelos y vendíamosles la mitad sisada, y de lo que comprábamos la otra mitad, y esto era en todo. Y si alguna vez compraba algo en la plaza por lo que valía, reñíamos adrede el ama y yo. Ella decía, como enojada:

—No me digas á mí, Pablicos, que estos son dos cuartos de ensalada.

Yo hacía que lloraba, daba muchas voces, ibame á quejar á mi señor, y apretábale para que enviase el mayordomo á saberlo, para que callase el ama, que adrede porfiaba. Iba, y sabíalo, y con esto asegurábamos al amo y al mayordomo, y quedaban agradecidos en mí á las obras y en el ama al celo de su bien. Decíale don Diego muy satisfecho de mí:

—Así fuese Pablicos aplicado á virtud, como es de fiar.

Tuvimoslos de esta manera, chupándolos como sanguijuelas. Yo apostaré que vuesa merced se espanta de la suma del dinero al cabo del año. Ello mucho debió de ser, pero no obligaba á restitución, porque el ama confesaba de ocho á ocho días, y nunca le vi rastro, ni imaginación de volver nada, ni hacer escrúpulo, con ser, como digo, una santa. Traía un rosario al cuello siempre, tan grande, que era más barato llevar una haz de leña acuestas. De él colgaban muchos manojos de imágenes, cruces y cuentas de perdones. En todas decía que rezaba cada noche por sus bienhechores. Contaba ciento y tantos santos abogados suyos, y en verdad que había menester todas estas ayudas para desquitarse de lo que pecaba. Acostábase en un aposento encima de mi amo, y rezaba más oraciones que un ciego. Entraba por el «Justo juez» y acababa con el «conquibules» (que ella decía) y en la «salve rehila.» Decía las oraciones en latin adrede por fingirse inocente, de suerte que nos despedazábamos de risa

todos. Tenía otras habilidades: era conquistadora de voluntades y corchete de gustos, que es lo mismo que alcahueta; pero disculpábase conmigo, diciendo que le venía de casta, como al rey de Francia curar de lamparones. Pensará vuesa merced que siempre estuvimos en paz; pues ¿quién ignora que dos amigos, como sean codiciosos, si están juntos se han de procurar engañar el uno al otro? Sucedió que el ama criaba gallinas en el corral; yo tenía gana de comerla una; tenía doce ó trece pollos grandecitos; y un día estando dándoles de comer, comenzó á decir «pío, pío,» y esto muchas veces. Yo, que oí el modo de llamar, comencé á dar voces, y dije:

—¡Oh cuerpo de tal, ama! ¡no hubiérades muerto un hombre ó hurtado moneda al rey, cosa que yo pudiera callar, y no haber hecho lo que habéis hecho, que es imposible dejarlo de decir! ¡Mal aventurado de mí y de vos!

Ella, como me vió hacer extremos con tantas veras, turbóse algún tanto, y dijo:

—Pues, Pablos, ¿yo qué he hecho? Si te burlas, no me aflijas más.

—¿Cómo burlas? ¡pesia tal! yo no puedo dejar de dar parte á la Inquisición, porque sino estaré descomulgado.

—¿Inquisición?—dijo ella, y empezó á temblar;—¿pues yo he hecho algo contra la fe?

—Eso es lo peor,—decía yo,—no os burléis con los inquisidores: decid que fuisteis una boba y que os desdecís, y no neguéis la blasfemia y desacato.

Ella, con el miedo, dijo:

—Pues, Pablos, ¿si me desdigo, castigaránme?

Respondile:

—No, porque sólo os absolverán.

—Pues yo me desdigo,—dijo;—pero dime tú de qué, que no lo sé yo, así tengan buen siglo las ánimas de mis difuntos.

—¿Es posible que no advertís en qué? No sé cómo me lo diga, que el desacato es tal, que me acobarda. ¿No os

acordáis que dijisteis á los pollos «pío, pío,» y es Pío nombre de los Papas, vicarios de Dios, y cabezas de la Iglesia? ¡Papaos ese pecadillo!

Ella quedó como muerta, y dijo:

—Pablos, yo lo dije; pero no me perdone Dios si fué con malicia; yo me desdigo; mira si hay camino para que se pueda excusar el acusarme, que me moriré si me veo en la Inquisición.

—Como vos juréis en una ara consagrada que no tuvieris malicia, yo asegurado podré dejar de acusaros; pero será necesario que esos dos pollos que comieron llamándoles con el santísimo nombre de los pontífices, me los déis para que yo los lleve á un familiar que los queme, porque están dañados; y tras esto habéis de jurar de no reincidir de ningún modo.

Ella muy contenta dijo:

—Pues llévatelos, Pablos, ahora, que mañana juraré.

Yo, por más asegurarla, dije:

—Lo peor es, Cipriana (que así se llamaba), que yo voy á riesgo, porque me dirá el familiar si soy yo, y entretanto me podrá hacer vejación; llevadlos vos, que yo pardiez que temo.

—Pablos, —decía cuando me oyó esto, —por amor de Dios que te duelas de mí y los lleves, que á ti no te puede suceder nada.

Dejéla que me lo rogase mucho, y al fin (que era lo que quería) determinéme, tomé los pollos, escondílos en mi aposento, hice que iba fuera y volví diciendo:

—Mejor se ha hecho, que yo pensaba; quería el familiarcito venirse tras mí á ver la mujer; pero lindamente le he engañado y negociado.

Dióme mil abrazos y otro pollo para mí, y yo fuíme con él á donde había dejado sus compañeros, y hice hacer en casa de un pastelero una cazuela, y comímelos con los demás criados. Supo el ama y don Diego la maraña, y toda la casa la celebró en extremo. El ama llegó tan al cabo de pena,

que por poco se muriera, y de enojo no estuvo á dos dedos (á no tener por qué callar) de decir mis sisas. Yo, que me vi mal con el ama y que no la podía burlar, busqué nuevas trazas de holgarme, y di en lo que llaman los estudiantes: correr ó rebatar. En esto me sucedieron cosas graciosísimas, porque yendo una noche á las nueve (que ya andaba poca gente) por la calle Mayor, vi una confitería y en ella un cofín de pasas sobre el tablero; y tomando vuelo, vine, agarréle, di á correr, y el confitero dió tras mí y otros criados y vecinos. Yo, como ya iba cargado, y vi que aunque les llevaba ventaja me habían de alcanzar, al volver una esquina sentéme sobre él, envolví la capa á la pierna de presto, y empecé á decir, con la pierna en la mano:

—¡Ay! Dios se lo perdone, que me ha pisado.

Oyéronme eso, y llegando, empecé á decir:

—Por tan alta señora y lo ordinario de la «hora menaguada» y «aire corrupto».

Ellos se venían desgañifando, y dijéronme:

—¿Va por ahí un hombre, hermano?

—Ahí adelante, que aquí me pisó, loado sea el Señor.

Arrancaron con esto y fuéronse; quedé solo, llevéme el cofín á casa, conté la burla y no quisieron creer que había sucedido así, aunque lo celebraron mucho, por lo cual los convidé para otra noche á verme correr cajas. Vinieron, y advirtiéndolos que estaban las cajas dentro la tienda y que no las podía tomar con la mano, tuvieronlo por imposible, y más por estar el confitero, por lo que le sucedió al otro de las pasas, alerta. Vine, pues, y metiendo doce pasos atrás de la tienda mano á la espada, que era un estoque recio, partí corriendo, y en llegando á la tienda, dije:

—¡Muera!—y tiré una estocada por delante el confitero; dejóse caer pidiendo confesión, y yo di la estocada en una caja y la pasé, y saqué en la espada y me fui con ella.

Admiráronse de ver la traza, muriéndose de risa de que el confitero decía que le mirasen, que sin duda le había heri-

do, y que era un hombre con quien había tenido palabras; pero volviendo los ojos, como quedaron desbaratadas al salir de la caja las que estaban alrededor, echó de ver la burla y empezó á santiguarse, que no pensó acabar. Confieso que nunca me supo cosa tan bien. Décían los compañeros que yo solo podía sustentar la casa con lo que corría, que es lo mismo que hurtar, en nombre rebozado. Yo, como era muchacho y veía que me halagaban el ingenio con que salía de estas travesuras, animábame para hacer otras más. Cada día traía la pretina de jarras de monjas que las pedía para beber y me venía con ellas, é introduje que no diesen nada sin prenda primero; y así prometí á don Diego y á todos los compañeros de quitar una noche las espadas á la misma ronda. Señalóse cuál había de ser, y fuimos juntos y yo delante; y al columbrar la justicia, me llegué con otros de los criados de casa muy alborotado, y dije:

—¿Justicia?

Respondieron:

—Sí.

—¿Es el corregidor?

Dijeron que sí. Hinquéme de rodillas, y dije:

—Señor, en sus manos de vuesa merced está mi remedio y venganza, y mucho provecho de la república; mande vuesa merced oirme dos palabras á solas, si quiere una gran prisión.

Apartóse, y ya los corchetes estaban empuñando las espadas y los alguaciles poniendo mano á las varetas, y díjele:

—Señor, yo he venido de Sevilla siguiendo seis hombres, los más facinerosos del mundo, todos ladrones y matadores de hombres, y entre ellos viene uno que mató á mi madre y á un hermano mío por robarlos, y le está probado esto; vienen acompañando, según les he oído decir, á una espía francesa; y aun sospecho, por lo que les he oído, que es (y bajando más la voz dije) de Antonio Pérez.

Con esto el corregidor dió un salto hacia arriba, y dijo:

—¿Adónde están?

—Señor, en la casa pública; no se detenga vuesa merced, que las ánimas de mi madre y hermano se lo pagarán en oraciones, y el rey.

Decía:

—¡Jesús! no nos detengamos, seguidme todos, dadme una rodela.

Yo le dije, tornándole á apartar:

—Señor, perderse ha, si vuesa merced hace eso; antes importa que todos entren sin espadas y uno á uno, que ellos están en los aposentos y traen pistoletes, y en viendo entrar con espadas, como no las puede traer sino la justicia, dispararán. Con dagas es mejor, y cogerlos por detrás los brazos, que demasiados vamos.

Cuadróle al corregidor la traza, con la codicia de la prisión. En esto llegamos cerca, y el corregidor advertido mandó que debajo de unas yerbas pusiesen todos las espadas escondidas en un campo, que está frente casi de la casa; pusieronlas y caminaron. Yo, que había avisado al otro que ellos dejarlas y él tomarlas y pescarse á casa fuese todo uno, hizolo así; y al entrar todos, quedéme atrás el postrero, y en entrando ellos mezclados con otra gente que iba, dí cantonada y envoquéme por una callejuela que va á dar á la Vitoria, que no me alcanzara un galgo. Ellos, que entraron y no vieron nada, porque no había sino estudiantes y pícaros, que todo es uno, comenzaron á buscarme, y no me hallando sospecharon lo que fué; yendo á buscar sus espadas, no hallaron media.

¿Quién contará las diligencias que hizo con el rector el corregidor aquella noche? Anduvieron todos los patios, reconociendo las camas. Llegaron á casa; y yo, porque no me conociesen, estaba echado en la cama con un tocador, con una vela en la mano y un Cristo en la otra, y un compañero clérigo ayudándome á morir, y los demás rezando las letanías. Llegó el rector y la justicia, y viendo el espectáculo se salieron, no persuadiéndose que

allí pudiera haber habido lugar para tal cosa. No miraron nada, antes el rector me dijo un responso. Preguntó si estaba ya sin habla, y dijéronle que sí; y con esto se fueron desesperados de no hallar rastro, jurando el rector de remitirle si le topasen, y el corregidor de ahorcarle aunque fuese hijo de un grande. Levantéme de la cama, y hasta hoy no se ha acabado de solemnizar la burla en Alcalá; y por no ser largo, dejo de contar cómo hacían mote la plaza del pueblo, pues de cajones de turridores y plateros y mesas de fruterías (que nunca se me olvidará la afrenta de cuando fui Rey de gallos) sustentaba la chimenea de casa todo el año. Callo las pensiones que tenía sobre los habares, viñas y huertos en todo aquello de alrededor. Con estas y otras cosas comencé á cobrar fama de travieso y agudo entre todos. Favorecíanme los caballeros y apenas me dejaban servir á don Diego, á quien siempre tuve el respeto que era razón, por el mucho amor que me tenía.